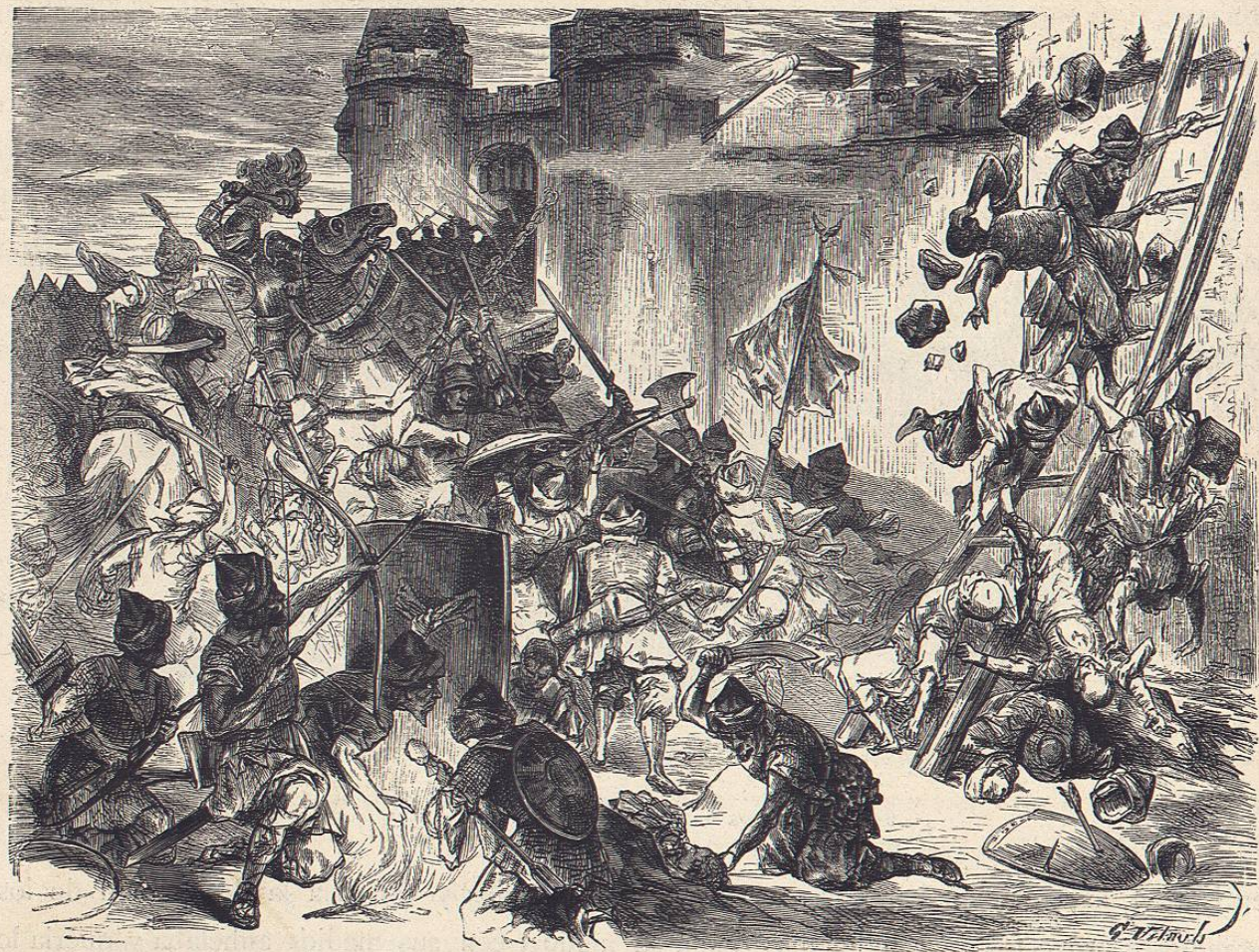
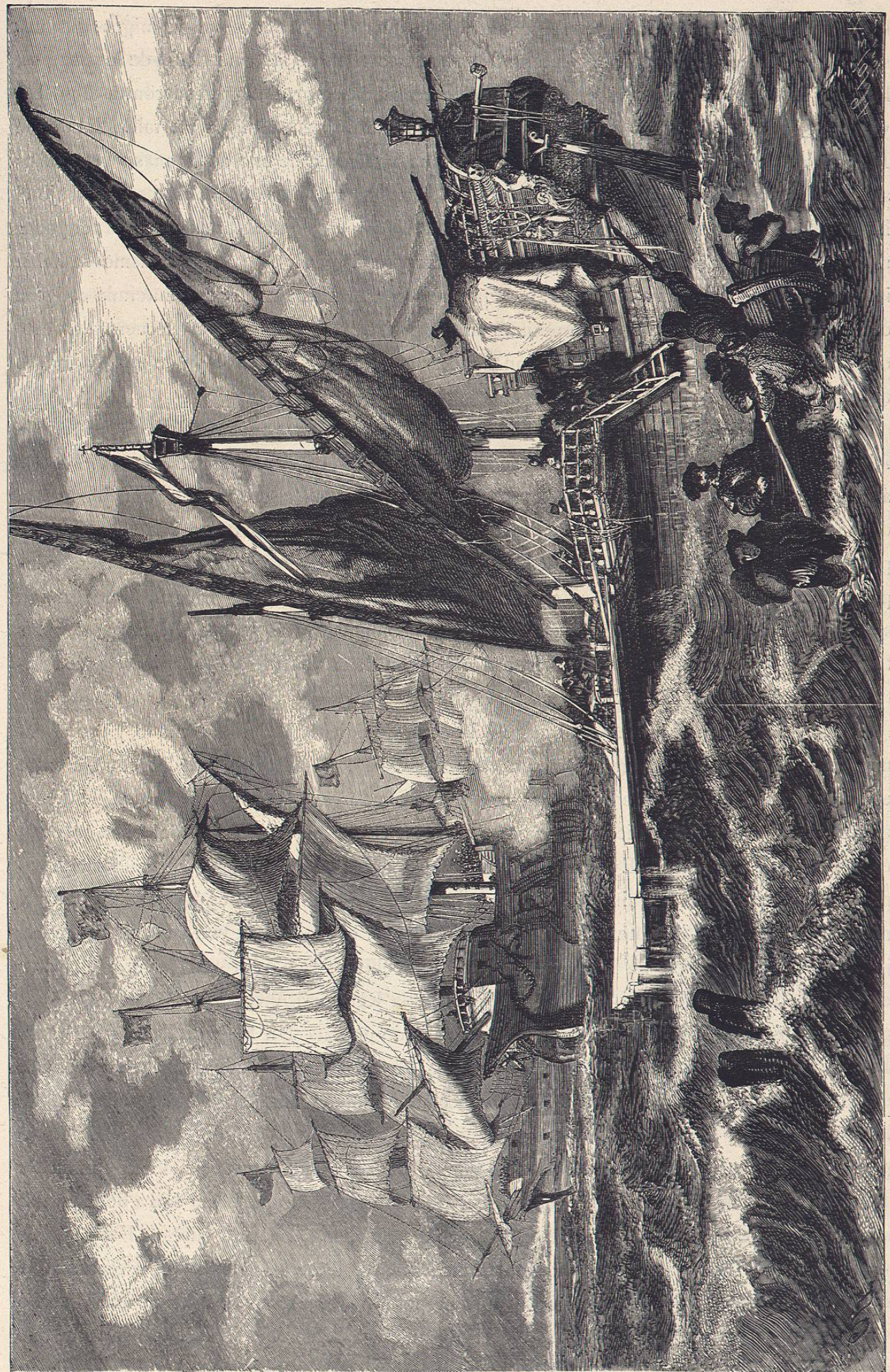


á las costas de la patria velando por su seguridad. Gustavo Wasa emprendió su viaje en mayo de 1520 á bordo de una galera de Lubeck y esta le llevó con buena suerte por entre los cruceros daneses al promontorio de Stensoe, á poca distancia de Kalmar, á pesar de que el almirante danés Norby vigilaba con una fuerte escuadra aquellas aguas. Verdad es que el sueco salvado se portó más adelante muy mal con sus salvadores alemanes; pero en la política no hay moral; y la gratitud no figura entre los artículos de la fe de los reyes ni de los pueblos.



ASEDIO DE VIENA POR LOS TURCOS

La lucha por la posesion de las coronas septentrionales llevada á cabo con la valiosa ayuda de los anseáticos y que terminó con la expulsion de Cristian II, y con la elevacion de Federico de Holstein al trono danés y de Gustavo Wasa al de Suecia, pareció haber consolidado de nuevo el poder de la Hansa; así como la terrible escision que se manifestó en esta época contribuyó á acrecentar mucho este poder. En los años 1530-31 llegó á predominar la «nueva doctrina» y con ella la democracia en Lubeck y en las otras ciudades de la confederacion anseática; alma y jefe de este movimiento fué el comerciante de Lubeck Jorge Wullenweber, sin duda el político más extraordinario que ha salido hasta ahora del ciudadanismo alemán. Elegido burgomaestre de Lubeck, hizose pronto dictador de la Hansa y como tal condujo á la ardiente lucha las fuerzas de la democracia anseática contra los patricios, y al mismo tiempo contra Cristian II rey de Dinamarca, vuelto al trono y apoyado por la casa de Hapsburgo, y contra su rival y vencedor Federico, lucha en la que tambien estaba involucrada la emprendida contra la Iglesia romana. El genio y la energía de Wullenweber sostuvieron hasta el año 1535



LA MARINA ANSEÁTICA



la bandera de la democracia de la Alemania del norte contra todos estos enemigos; después sucumbió á una coalición del clero luterano con la aristocracia de las ciudades y de los campos, llena de rencor y deseosa de venganza, coalición realizada con vil ingratitud contra el pueblo y su jefe. Wullenweber cayó más tarde en manos de uno de sus enemigos mortales, del duque Enrique de Brunswick, partidario fanático de Roma, y, víctima de uno de los más vergonzosos asesinatos jurídicos que jamás ha presenciado el mundo, murió en setiembre de 1537 bajo el hacha del verdugo. La gran obra en que había trabajado cayó envuelta en su ruina; el poder marítimo de la Hansa estaba aniquilado para siempre. Verdad que el luteranismo se había introducido en la Alemania del norte; pero ¡á qué precio! La servil ortodoxia luterana coligóse con la aristocracia ciudadana y campesina para oprimir al pueblo, que á consecuencia de esto degeneró en las ciudades en una masa sin carácter ni energía y en el campo en una esclavitud digna de perros.

Tal fué el triste fin de las tentativas emprendidas una después de otra en el sur y norte de Alemania por los caballeros, villanos y ciudadanos para hacer extensiva la reforma eclesiástica á la social-política. Con el fracaso de estas tentativas la Reforma había perdido su mejor fuerza, degenerando de una causa nacional en una de partido; de una cuestión popular, en un asunto de príncipes y teólogos. Los sabios la convirtieron en objeto de mezquinas disquisiciones; los príncipes se declararon en pro ó en contra de ella según lo exigían en apariencia ó en realidad sus intereses dinásticos, y á consecuencia de eso la abominable tesis de que el príncipe del país tenía el derecho de disponer y decidir sobre la religión de sus súbditos, llegó pronto á convertirse en ley de Estado (*Cujus regio ejus religio*).

Luteranos de convicción eran sobre todo el elector de Sajonia Federico el Sabio, y su hermano y sucesor Juan el Constante; también el landgrave Felipe de Hesse puede contarse entre ellos, á pesar de que hizo que los dos serviciales reformadores, Lutero y Melancton, le dieran el «consentimiento eclesiástico» para poder tomar en vida de su mujer legítima una segunda esposa también «legítima». Evidentemente debió ser en extremo tentadora para muchos príncipes y burgomaestres de las ciudades del imperio la ocasión de añadir á sus dignidades políticas, merced á la profesión del luteranismo, la de obispo de un condado ó de una ciudad. Además el pingüe negocio financiero de la «secularización» de obispados y conventos ¡cuán á las claras demostraba la conveniencia y hasta la necesidad de la Reforma! A veces el «celo por el evangelio» de los príncipes llegó hasta á secularizar todo un país. Un Hohenzollern, Alberto de Brandeburgo, gran maestro de la orden Teutónica, se manifestó verdadero maestro en el arte de secularizar, quitando por medio de la introducción del luteranismo en Prusia, á su propietaria legítima, la orden Teutónica, el dominio de este país y haciendo de él un ducado hereditario para sí y sus descendientes, que no tuvo escrúpulo en someter al vasallaje de la corona de Polonia. La circunstancia de que el emperador Carlos tenía hartos que hacer fuera del país por su posición política, y de que su representante en Alemania, su hermano y sucesor Fernando, se vió obligado á respetar por lo pronto el luteranismo en el imperio, porque no pudo prescindir del auxilio de los príncipes luteranos contra la prepotencia de los turcos, redundó en provecho de la propagación de la Reforma en el centro, norte y sur de Alemania. Los osmanlis, que aún estaban entonces en el apogeo de su poder y animados del espíritu de conquista, oprimían

mucho con sus ataques á Hungría y á Austria; en 1529 llevaron sus armas frente á los mismos muros de Viena y durante los siglos XVI y XVII el «peligro de la invasión de los turcos» pesó en la política del imperio. El terror causado por ellos dejó tan hondas raíces en la memoria de nuestro pueblo, que en el sur de Alemania aún en el siglo XVIII las madres solían hacer callar á los niños traviosos diciéndoles «¡que viene el turco!»

Los primeros síntomas de un arreglo en la escisión entre los partidarios de la Iglesia antigua y entre los confesores de la nueva se notaron en la dieta de Espira (1529), pues la mayoría de los representantes del imperio resolvió allí que se debían tomar precauciones contra el progreso del cisma eclesiástico. Diez y nueve Estados favorecedores de la Reforma, y á su frente el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, protestaron contra esta resolución, por lo cual se les dió el nombre de «protestantes». Este calificativo se aplicó por el uso á todas las confesiones reformadas; de modo que el «protestantismo vino á ser el verdadero contraste del catolicismo». Un año después (1530) el emperador Carlos, que después de haber vencido á Francisco rey de los franceses y al papa Clemente VII, pudo ocuparse con mayor detenimiento de los asuntos del imperio, convocó una gran dieta en Augsburgo, rechazando en ella la confesión presentada por los protestantes y redactada por Melancton (la confesión de Augsburgo), fórmula dogmática del luteranismo. Como además el emperador al dar por terminada la dieta, habló de medidas severas contra los protestantes, ordenando al tribunal supremo del imperio que procediera judicialmente contra los príncipes ejecutores de la secularización, los príncipes y ciudades protestantes se reunieron en la llamada «Liga de Schmalkalda» (1531). La «Paz religiosa de Nuremberg», realizada al año siguiente, contuvo apenas por breve intervalo la desunión que debía estallar entre católicos y protestantes; esta suspensión de hostilidades fué sin embargo bastante larga para reforzar considerablemente al protestantismo, al cual se adhirieron el electorado de Brandeburgo, los ducados de Wurtemberg, Sajonia, Pomerania, Cleves, etc.

El emperador, ocupado en romántica expedición marítima contra Túnez, en su tercera guerra con Francisco I y en las discusiones que surgieron con los habitantes de los Países Bajos, descuidó al protestantismo, que fué propagándose en tanto en el imperio hasta el año 1541. Ni la «conferencia religiosa» tenida en Ratisbona en presencia del mismo emperador, ni el concilio de Trento, rechazado por los protestantes como «no libre», pudieron apaciguar la gran contienda.

Hasta 1547 no pudo Carlos emprender contra los protestantes aquella campaña á cuyo feliz resultado contribuyó mucho la traición del joven duque Mauricio de Sajonia, cuya ambición y carácter pendenciero le llevó á intentar contra su primo Juan Federico la usurpación de la dignidad de elector, decidiéndose la guerra en la batalla de Muhlberg á orillas del Elba. En otoño del citado año el victorioso emperador era soberano absoluto del imperio y el protestantismo pareció muerto en Alemania; pero sólo estaba muerto en apariencia, pues se había arraigado mucho, así en cantidad como en calidad, y de un modo muy distinto que en los países romanos, donde adquirió partidarios accidentalmente, hasta en Italia y en España. Después, en 1552, cambió el aspecto de las cosas, cambio debido al nuevo elector de Sajonia, al mismo Mauricio, quien demostró á su maestro en la «práctica italiana» el emperador Carlos,